

# Nosferatu. Revista de cine (Donostia Kultura)

Título:  
Hermano lobo

Autor/es:  
Savater, Fernando

Citar como:  
Savater, F. (1998). Hermano lobo. Nosferatu. Revista de cine. (27):4-5.

Documento descargado de:  
<http://hdl.handle.net/10251/41064>

Copyright:  
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



**donostiakultura.com**



Licántropo

# Hermano lobo

*Fernando Savater*

*Jacinto Molina aktorea ezagun egin da Paul Naschyren goitizenaz eta hispaniar beldurrezko generoko aktore erakargarriena bilakatu da. Berrogeitik gorako zinezaleontzat bera da gure gizotso nagusia.*

**A**lguien dijo, y sin duda dijo bien, que el hombre es lobo para el hombre. Con la misma seguridad cabe afirmar que Jacinto Molina fue hombre-lobo para muchos de nosotros, quienes ahora frisamos por arriba o por abajo el medio siglo. En los títulos de crédito de la

pantalla Jacinto Molina se llamó Paul Naschy, y la sola mención de este seudónimo suscita una inmediata sonrisa de simpatía, complicidad y hasta nostalgia entre muchos españoles de mi generación. Nos viene a las mientes una época de seudónimos, en que las novelas de vaqueros del

kiosko las firmaba cierto Alf Manz que era Alfredo Manzano y las mejores diatribas antifranquistas de *Ruedo ibérico* un tal Luis Ramírez que en realidad era mi recordado amigo Luciano Rincón. En su personaje de licántropo, Jacinto Molina-Paul Naschy (no se rían, que tampoco Cary Grant se



llamaba así y el nombre de John Wayne no era John sino Marion, tan macho como fue) tuvo denominaciones aún más góticas, como Waldemar Daninsky. Quizá el mundo no se divide entre buenos y malos o ricos y pobres, sino entre aquellos cuyo primer hombre-lobo se apellidó Talbot y los que tuvimos que conformarnos con un Daninsky para abrir la boca... y aullar.

Estoy convencido, y que me perdone la oveja Dolly, de que la afición al cine de terror es una determinación genética. En el mundo perfecto que se avecina, quizá algún nuevo doctor Strangelove la extirpará de los cromosomas para que el ciudadano no disfrute más que con películas chorreantes de buen gusto y sentimientos políticamente correctos: por el momento, la enfermedad no tiene cura. Pero la vida es injusta. Los adolescentes que padecen hoy el morbo en cuestión tienen cientos de vampiros, Freddy Kruegers, Aliens y demás delicias que llevarse a sus gozosas pesadillas. En los que llamaré generosamente mis buenos tiempos, la cosa no estaba tan fácil. Para un menor de dieciséis años, ver un buen monstruo en acción era casi tan difícil como contemplar en la pantalla -fuera de ella para qué hablar- un estimulante par de tetas. Incluso rebasada felizmente esa edad fatal de la censura que nos obligaba a falsificar el DNI aún más que la policía franquista, la oferta tampoco resultaba abundante. Los viciosos nos solazábamos con lo que teníamos a mano y lo celebrábamos calurosamente. Aún recuerdo con inmensa gratitud **Abbot y Costello contra los fantasmas** (1948), en la que vi por primera vez a Bela Lugosi, Lon Chaney, Jr. y un monstruo de Frankenstein interpretado por Glenn Strange que me sirvió de aperitivo hasta que llegó el insuperable Boris Karloff...

La gratitud se extiende a otros

pioneros patrios de ese género que Jesús Franco denomina con gracia "de caspa y ensayo": el propio Jesús Franco o Jess Frank (¡siempre los seudónimos!), el Amando de Ossorio con sus resucitados templarios, León Klimovsky... y, naturalmente, Paul Naschy. Desde luego nuestro hombre-lobo doméstico (¡nunca domesticado!) difícilmente puede ser catalogado entre los grandes actores del séptimo arte, pero incluso esa torpeza también añadió encanto a sus interpretaciones. Era como si uno de nosotros, los aficionados rabiosos, se hubiera disfrazado de monstruo y lograra una película para él solito. Naschy no fue el "auténtico" y artístico hombre-lobo sino el licántropo *amateur* que los espectadores del género quisiéramos haber hecho por lo menos una vez. Yo le envidio sobre todo cierta anécdota, que hasta puede ser cierta porque cosas mucho más raras han llegado a suceder. Cuentan -lo cuenta el propio Naschy- que durante un descanso en el rodaje de **La noche de Walpurgis** (1970), uno de sus *hits* más divertidos, nuestro hombre-lobo nacional se fue a estirar las zarpas por el cementerio en que transcurría la acción... pero maquillado de licántropo. Apareció distraídamente por detrás de una lápida justo cuando una ancianita depositaba su ofrenda floral en la tumba del difunto esposo. La buena señora estuvo a punto de sufrir un infarto entre alaridos y hasta demandó luego a la productora, poniéndole un pleito. Lo cual es injusto, porque bien mirado disfrutó de un *happening* monoplaza muchísimo más impactante y sobre todo más corto que los que por aquellos años solía manufacturar el Living Theatre. No me digan que este episodio no es cosa que todo buen forofó de las viejas películas de la Universal o de la Hammer hubiese -¡hubiéramos!- querido protagonizar.

Ahora Jacinto Molina ha publicado una autobiografía, lógicamente

titulada *Memorias de un hombre lobo* (Alberto Santos Ed.), en el que narra la anécdota de la anciana y muchas otras también sabrosas: su encuentro con Jarabo, el célebre *serial killer* del franquismo (que por cierto estudió en el mismo colegio madrileño en que yo concluí mi bachillerato), una orgía satanista en Alemania, los hábitos alimenticios de los tigres durante los rodajes cinematográficos, el día que vio llorar a Boris Karloff y cien cosas más. También nos recuerda esta obra que Paul Naschy no sólo ha sido licántropo sino faraón egipcio convenientemente momificado, hombre de Cromagnon cántabro, Lucifer, Gilles de Rais, Fu-Manchú, vampiro, Jack el Destripador, el jorobado de la Morgue, psicópata, caníbal, la Muerte misma y otros muchísimos papeles no menos tenebrosos y estupendos. La verdad es que todo lo que ha hecho Jacinto Molina en su vida me parece enormemente más divertido que ser registrador de la propiedad, ingeniero de minas o catedrático de filosofía. Ha cumplido de un modo u otro, con mayor o menor aceptación pública, todos los sueños negros de los que el niño que fuimos y somos los aficionados al cine de terror nunca se desprende. Si no un príncipe, por lo menos ha sido un sargento chusquero de las tinieblas y por ello merece el culto entusiasta que le rinden espectadores fanáticos de este mundo y del otro (me refiero a Europa y América, claro). Peripeccias envidiables que cuenta en sus memorias, un libro entretenido, algo dado a la vanagloria -¿por qué no?- y que habla de una época en que los peores lobos rondaban fuera de la pantalla y bien afeitados, para que no se les notase. Como ahora mismo, si ustedes me disculpan la alusión.